

NECESIDAD DE LA CARIDAD Y DE LA VERDAD PARA EL DESARROLLO DE LA HUMANIDAD

UNA REFLEXIÓN DESDE LA ENCÍCLICA SOCIAL DE S.S. BENEDICTO XVI:

CARITAS IN VERITATE

*Juan Antonio Nureña**

Pontificia Universidad Lateranense

Fecha de recepción: septiembre de 2012 **Fecha de aceptación:** octubre de 2012

RESUMEN: El objetivo de este artículo es profundizar y valorar dos términos filosóficos sumamente importantes, el de «Caridad» y el de «Verdad», ambos conceptos están tomados de la tercera encíclica de carácter social de S.S. Benedicto XVI, *Caritas in Veritate*, para poder así guiar al hombre, en su desarrollo integral y de los pueblos, hacia un concepto verdadero de desarrollo social a través de estos dos términos. Analizaremos brevemente los términos de verdad y de caridad, a la luz de las enseñanzas de tres grandes filósofos y teólogos san Agustín y santo Tomás de Aquino, y del Santo Padre Benedicto XVI en su encíclica social, *Caritas in veritate*.

PALABRAS CLAVE: cuestión antropológica, escepticismo, eclecticismo, reduccionismo empirista de lo verdadero, relativismo moral, Doctrina Social de la Iglesia, Caridad, Verdad.

* **R. P. Juan Antonio Nureña Prado** estudió Educación, Filosofía y Teología en la Facultad de Teología Pontificia y Civil de Lima. Ha ejercido la docencia en el Seminario Propedéutico «Santísimo Sacramento» y en la Universidad Católica Sedes Sapientiae (Lima, Perú), ambas instituciones de la Diócesis de Carabaylo. Actualmente se especializa en Teología Moral en la Pontificia Universidad Lateranense (Roma).

ABSTRACT: The purpose of this paper is to go in depth value two extremely important philosophical terms, those of «Charity» and «Truth». Both items are taken from the third social encyclical of His Holiness Pope Benedict XVI, *Caritas in Veritate* which guides the man through his own integral development and that of people towards a true concept of social development. We will briefly analyze these two terms, truth and charity, in the light of the teaching of three great philosophers and theologians, St. Augustine and St. Thomas Aquinas, and Pope Benedict XVI's social encyclical *Caritas in veritate*.

KEYWORDS: anthropological question, skepticism, eclectic, empiricist reductionism true, moral relativism, Social Doctrine of the Church, Charity, Truth.

1. INTRODUCCIÓN

Es un deseo actual del hombre y de todos los tiempos, el de buscar la verdad, en el sentido de responder a las preguntas existenciales de la propia vida que involucran el ser mismo de su persona y de su esencia. No obstante, en él hay una actitud y un clima de desconfianza, de escepticismo, de eclecticismo y de relativismo hacia la verdad y a su verdadera inteligencia, debido al reduccionismo empirista de lo verdadero y a un relativismo en lo moral. Esto lo vemos reflejado en algunos aspectos de la naturaleza, donde los daños del progreso biológico y genético son casi ya inevitables, las riquezas del mundo son mal gestionadas y la pobreza económica en los países del tercer mundo crece irremediabilmente.

El desarrollo integral de la persona humana y de los pueblos ha de ser cuidado por una buena acción política, que, muchas veces, no llega a cumplir sus verdaderos fines. Ante todos estos problemas planteados surgen

aún más preguntas esenciales en el hombre y en la humanidad, preguntas como ¿una vida social, armoniosa y duradera vivida en la paz del mundo y de los pueblos son todavía posibles?, ¿y en cuáles condiciones?, ¿las aplicaciones al desarrollo tecnológico y biológico son controlables? Todas estas cuestiones éticas y sociales están estrechamente ligadas a la cuestión antropológica; es decir, a la persona humana.

S.S. Benedicto XVI, lo mencionaba: *«la cuestión social se ha convertido radicalmente en una cuestión antropológica, en el sentido de que implica no solamente el modo mismo de concebir, sino también de manipular la vida, cada día más expuesta por la biotecnología a la intervención del hombre»* (Benedicto XVI, *Caritas in veritate*, 75).¹ Es en este aspecto que el Santo Padre tiene una premura en señalar que hay una emergencia por conocer la verdad, en la caridad. El está preocupado por la disociación de la razón y de la fe en la verdadera caridad, en la sociocultura de nuestro tiempo, que refleja *una cultura sin caridad y sin verdad*:

Sólo en la verdad resplandece la caridad y puede ser vivida auténticamente. La verdad es luz que da sentido y valor a la caridad. Esta luz es simultáneamente la de la razón y la de la fe, por medio de la cual la inteligencia llega a la verdad natural y sobrenatural de la caridad, percibiendo su significado de entrega, acogida y comunión. Sin verdad, la caridad cae en mero sentimentalismo. El amor se convierte en un envoltorio vacío que se rellena arbitrariamente. Éste es el riesgo fatal del amor en una cultura sin verdad. (CV, 3)

¹ En adelante utilizaremos CV para referirnos a la carta encíclica *Caritas in veritate*.

Es por ello que profundizaremos en la tercera encíclica de carácter social de S.S. Benedicto XVI, *Caritas in veritate*. En primera lugar, ésta parte por encontrar un concepto verdadero del término de la *verdad* y de la *caridad*, que lo vemos reflejado, en el plano social, económico, legal, político, ambiental, biológico y de *mass media*. Ante estos problemas del hombre y de la humanidad surge, en segundo lugar, ir al corazón del ser del mismo hombre y la enseñanza de la Doctrina Social de la Iglesia, que lo involucra. Es aquí donde el Santo Padre toma como principio inspirador y «vía maestra» de la Doctrina Social de la Iglesia, a la Caridad: «La caridad es la vía maestra de la doctrina social de la Iglesia» (CV, 2).

Esta investigación de la tercera encíclica del Santo Padre Benedicto XVI, *Caritas in veritate*, la hemos dividido en tres partes en las que profundizaremos, a nivel filosófico y teológico, la necesidad de conocer el sentido de la verdad en la caridad, pues esta encíclica social de la Iglesia ilumina al hombre de hoy. La primera parte corresponderá a un tratar de ir hasta el fondo en el conocimiento conceptual y teleológico de la verdad y de la caridad, partiendo desde su origen ontológico teológico y Trinitario del Dios *Caritas et Veritas*, y haremos un pequeño recorrido en el pensamiento de algunos filósofos y teólogos de la historia de la Iglesia, como san Agustín de Hipona y santo Tomás de Aquino hasta llegar a S.S. Benedicto XVI. En la segunda parte intentaremos trasladar el concepto de caridad y de verdad en el sentido del desarrollo técnico social y del hacer moral que el Santo Padre nos invita a vivir en su encíclica y finalmente, en la tercera parte, intentaremos resaltar la importancia del desarrollo social, ético y moral que sólo se logra a través de un verdadero crecimiento espiritual en el hombre de hoy.

2. DIOS TRINIDAD, FUENTE ÚLTIMA DE LA VERDAD Y DE LA CARIDAD

Dios Trinidad es fuente última de la verdad y de la caridad. Esta afirmación es un primer punto reflejado en el dato de la Divina Revelación en Cristo (1Gv 1,5-6; 4,16), pero también lo encontramos en el dato teológico trinitario. Es en este aspecto donde la caridad y la verdad reconducen toda la economía de la salvación del hombre. Veamos a continuación las fuentes teológicas que nos conducen a esta conclusión.

2. 1. DIOS TRINIDAD, FUENTE DE LA VERDAD Y DE AMOR

Dios trinidad es fuente última de la verdad y de la caridad: «El amor—*«caritas»*— [...] Es una fuerza que tiene su origen en Dios, Amor eterno y Verdad absoluta» (CV, 1). Esta fuente de caridad y de verdad se manifiesta en aquel actuar Trinitario desde la obra de la creación, pero sobretodo, como aquella obra de la Redención en Cristo Jesús. Así, el hombre, encontrará todo su bien adhiriéndose a Cristo; como lo señala el Santo Padre en su tercera encíclica: «Jesucristo purifica y libera de nuestras limitaciones humanas la búsqueda del amor y la verdad, y nos desvela plenamente la iniciativa de amor y el proyecto de vida verdadera que Dios ha preparado para nosotros. En Cristo, la *caridad en la verdad* se convierte en el Rostro de su Persona» (CV, 1).

Es solo, en tanto, Cristo y por Cristo que podemos conocer la esencia de Dios Trino, que es Verdad y Amor. Él es la manifestación perfecta y plena de Dios Trinidad (Cf. 1 Jn 4,14-15), y esta manifestación plena se ve reflejada en el evento de la cruz, Misterio Pascual de nuestra salvación. Así, la cruz y la resurrección de Cristo son el evento de la Caridad Trinitaria divina (Cf. Cozzoli 2010: 169).

Visión Teológica Trinitaria de la Verdad en el Amor

Veamos ahora desde el enfoque filosófico-teológico cómo Dios Trino es considerado la «Verdad misma», en el sentido que su ser no solamente guarda conformidad a su intelecto, sino es su mismo entender. Tomamos como punto de referencia a algunos teólogos destacables, entre ellos a santo Tomás de Aquino, quien en el tratado de su *Suma Teológica* (S.Th., 1^a, q. 16, a. 5, c. e ad. 1) señala que Dios mismo es «su propio ser y su propia intelección, de Él deriva cada verdad, en la medida en que su acto de intelección es la medida y la causa de cada otro ser y de cada otro intelecto: Dios con su simple inteligencia, juzga todo y conoce todas las cosas y comprende todos los juicios» (Chardonens 2011: 130). Asimismo, el teólogo Hans Urs Von Balthasar, señala que la verdad aparece en la relación del Hijo al Padre en el Espíritu: «El Hijo manifiesta la bondad, el amor y la gracia del Padre. Manifestada en Cristo, la verdad se muestra como una relación de persona a persona en el Espíritu porque este último es el amor en el cual el Padre y el Hijo se encuentran y se hacen existir» (Chardonens 2011: 132). En este amor se constituye el motivo de representarse del Padre en el Hijo-Logos; así es inseparable el contenido de la lógica del amor en el Logos. Tal lógica emana de la relación del Padre con el Hijo en el Espíritu y es la expresión del evento eterno de los actos intratrinitarios. Según la propuesta de Urs von Balthasar, la verdad se encuentra viva en el Ser del Hijo que nace y reporta todo a su Padre en el Espíritu.

Definiendo el término de verdad en el plano Trinitario, volvemos a santo Tomás, quien define este concepto de la verdad en dos categorías. En la primera, al proponer que la «verdad manifiesta aquello que es», esta se identifica con el ser al cual añade la manifestación del intelecto. La segunda definición que da el Aquinate sobre la verdad —tomada de términos de san

Agustín— es «la suprema semejanza del Principio primordial, sin ninguna desemejanza», es decir, que designa la verdad en cuanto es apropiada al Verbo de Dios, quien es la plena manifestación del conocimiento que el Padre tiene de sí mismo y de todo aquello que existe. Por tanto, la verdad no es —volviendo a Santo Tomás— lo «propio del Hijo», porque el intelecto divino no comporta una distinción de razón en los enfrentamientos del ser o de la esencia de Dios. En virtud de la simplicidad divina, el intelecto es realmente idéntico a la esencia divina. La verdad es, por tanto, apropiada al Hijo que procede como Verbo, a la cual le es propio el «ser la perfecta expresión del ser del Padre», siendo concebido del intelecto del Padre. Por ello, el Verbo es la Verdad generada. Él es la Verdad que procede del Padre o, más aún, la Verdad del Padre. En consecuencia, el Verbo-verdad, mandado del Padre, reconduce a los hombres al Padre (Cf. Jn 1, 18). Efectivamente, el efecto de la misión del Hijo es aquello de rendir participes a los hombres de la sabiduría divina y ser conocedores de la Verdad, en cuanto que Cristo ha venido al mundo para dar conocimiento de ella (Cf. Jn 18, 37). Si Cristo es la verdad misma en cuanto Dios, Él es el testimonio según su humanidad para todos los hombres y nos comunica la plenitud de la verdad objetivamente por su enseñanza exterior y subjetivamente por su acción iluminadora interior. Es en este sentido que la economía de la salvación es la historia de un acceso progresivo, de parte de los hombres, al conocimiento santificante de la verdad en Cristo, según el don del Espíritu. Corresponde, finalmente, la misión del Espíritu conducir a los hombres al Hijo haciéndolos capaces de recibir la verdad y de amarla (Cf. Jn 16, 13-14). El Espíritu Santo conduce al conocimiento de la verdad, porque procede eternamente como atracción e impresión de Amor del Verbo-Verdad concebido del Padre, así el Padre y el Hijo son un único principio de la procesión del Espíritu (Cf. Chardonnes 2011: 136).

2. 2. LA CARIDAD COMO DON

Una vez señalado el aspecto del conocimiento de la Verdad en el Dios Trino, nos ocupamos ahora de definir el aspecto agápico de Dios Trinitario como don que nos llama a una relación íntima con Él en el amor. Dios Trino comparte con el hombre la verdad y le ofrece y rinde partícipe de su vida Trinitaria en el amor, esta afirmación de Dios Trino como caridad donada a los hombres, lo encontramos en palabras muy bellas y profundas que el Santo Padre señala en su encíclica:

La caridad es amor recibido y ofrecido. Es «gracia» (*cháris*). Su origen es el amor que brota del Padre por el Hijo, en el Espíritu Santo. Es amor que desde el Hijo desciende sobre nosotros. Es amor creador, por el que nosotros somos; es amor redentor, por el cual somos recreados. Es el Amor revelado, puesto en práctica por Cristo (Cf. Jn 13,1) y «derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo» (Cf. Rm 5,5). Los hombres, destinatarios del amor de Dios, se convierten en sujetos de caridad, llamados a hacerse ellos mismos instrumentos de la gracia para difundir la caridad de Dios y para tejer redes de caridad. (CV 5)

Podemos afirmar, entonces, que la caridad es un don que el hombre experimenta de parte de Dios Trino, suscitando en él la reciprocidad fundada sobre una comunicación. Esta significa una relación mutua entre Dios y el hombre que radica en el compartir de la verdad que Dios le ofrece y que lo rinde partícipe de la propia vida eterna. En este contexto queremos definir cómo es esta comunicación de amor que comienza en Dios mismo; en palabras de san Agustín, podemos definir que Dios Trino en sí mismo es: el Amante, el Amado y el Amor (Cf. Cozzoli 2010: 179).

El Padre Dios en su vida íntima es el Amor. Él no es un ente supremo cerrado, ni la eterna soledad, ni es lo absoluto replegado sobre sí mismo «ocupado en la propia contemplación de su perfección». Él es, en sí mismo, apertura, desbordamiento de amor, que suscita la relación. Él es el éxtasis del Amante en el Amado y juntos en el Amor. El Amor es por sí mismo Trinitario: apertura del «yo» al «Tú», en el «nosotros», que los une. Así, san Agustín nos dirá que si «ves la Trinidad, ves el Amor»; «he aquí que son tres: El Amante, el Amado y el Amor». Y no más de tres —continúa diciendo— «uno que ama a aquel que viene de Él, uno que ama a aquel de quien viene el amor mismo» (Cf. Cozzoli 2010:179).

Entonces, Dios Trino en su naturaleza es el amor: una sola esencia o sustancia divina es su amor en eterno movimiento de amor de donación de sí, como amor amante; de acogida de sí como amor amado; de comunión en el amor, como amor subsistente y estático. Y el único y mismo amor en la diversidad tripersonal del Padre (generante), del Hijo (generado), y del Espíritu Santo (donante y unificante en el amor). El Padre es el origen y la fuente primera del amor, amor únicamente amante, generador del amado. En él, el amor divino es paterno: pura iniciativa, simple fuente, total gratuidad y oblatividad. El Hijo es el Tú, procedente del amor generativo del Padre, es el generado del Amor. El amado en el cual el amor divino se hace filial; es decir, amor recibido, recíproco y correspondido. El Hijo es la acogida reconociente del amor. El Espíritu Santo es el amor subsistente del Padre en el Hijo. En su vida íntima «Dios es Amor», amor esencial, común a las tres divinas personas. Amor personal es el Espíritu Santo, como Espíritu del Padre y del Hijo. En Dios Amor el Espíritu Santo es el Amor. El amor hipostático, el amor persona, y a su vez, es el amor mutuo que une en la comunión y el «nosotros» comunión del amor mutuo.

Es así que la relación entre Dios agápico y el hombre puede ser concebida en relación como una amistad, porque Dios es «Caridad» lo rinde al hombre participe de su ser agápico divino. Santo Tomás de Aquino dirá que Dios puede ser concebido propiamente como «el amor de amistad», según el cual el amigo es amado por aquello que Él es. El Aquinate lo precisa con estas palabras: «La caridad no dice solo amor de Dios, sino también una cierta amistad con Él. Amistad que añade al amor un amor recíproco, con una comunicación recíproca» (Cozzoli 2010: 190). El amor de amistad se manifiesta en el don de la propia vida por el amigo, y es en Cristo donde se cumple en modo perfecto este don por todos los hombres (Cf. Jn 15,12-14).

Por cuanto riguarda la verdad, ella también es un don al par de la caridad, nos dirá el Santo Padre que: «La verdad, que como la caridad, es don [...] Incluso nuestra propia verdad, la de nuestra conciencia personal, ante todo, nos ha sido «dada». En efecto, en todo proceso cognitivo la verdad no es producida por nosotros, sino que se encuentra o, mejor aún, se recibe. Como el amor» (CV 34). Así la caridad, anclada en la verdad, permite al hombre realizarse como ser en relación llamado al don en la unidad del género humano a partir de su fundamento ontológico; como nos dirá la encíclica *Caritas in veritate*: «La revelación cristiana sobre la unidad del género humano presupone una interpretación metafísica del humanum, en la que la *relacionalidad* es elemento esencial» (CV 55).

2. 3. LA RELACIÓN ENTRE CARIDAD Y VERDAD

Una vez mencionado la Caridad y la Verdad Divina como don mismo de Dios al hombre, que lo llama a vivir en relación íntima de amistad con él y de relacionalidad con la humanidad en el ámbito social, pasemos ahora a conocer cuál es la relación íntima de ambas.

En el plano de la Verdad Divina, la luz de razón y de la fe, provienen de Dios y por ello no pueden contradecirse entre ellas. Lo verificamos en palabras de SS Benedicto XVI: «El diálogo fecundo entre fe y razón hace más eficaz el ejercicio de la caridad en el ámbito social y es el marco más apropiado para promover la *colaboración fraterna entre creyentes y no creyentes*, en la perspectiva compartida de trabajar por la justicia y la paz de la humanidad» (CV 57). Puesto que la razón tiene su contribución y realización en la comprensión de la Revelación Divina, la fe no la teme sino la busca y en ella confía; mas aún, la fe supone y perfecciona la razón. Así, la razón es llamada a ser iluminada de la fe, de modo que pueda elevarse a la conciencia de Dios Trinidad y obtener la verdad plena de ella; hay entonces una participación a la verdad, que significa la fecundidad del influjo universal del Verbo de Dios en cada conocimiento de la verdad.

Es importante señalar —gracias a la contribución de santo Tomás— que el influjo del Verbo sobre el conocimiento de la verdad se realiza en dos ámbitos conectados. El primero es aquello del conocimiento de la verdad mediante la luz natural de la razón. El segundo es aquello del conocimiento de la verdad mediante la gracia, en la cual el Verbo es no solamente participado, sino también es poseído de aquellos que lo reciben (Cf. Chardonnes 2011: 140). Ahora bien, la participación al Verbo se realiza en una progresiva asimilación, la cual, iniciada en el conocimiento natural de Dios, se realiza a un grado superior en el conocimiento de gracia que es divinización. Así, Dios Trinidad está presente en aquellos que lo conocen y lo aman. La plena adhesión a la Verdad no es otra que la acogida por gracia del Verbo que aspira al Amor. Podíamos decir en palabras de san Agustín que: «El Verbo del cual razonamos es una cognición plena de amor» (Cf. Chardonnes 2011:141).

En otras palabras, el conocimiento y deseo amoroso de la Verdad no es otro que la inhabitación trinitaria en nosotros, que es participación íntima por gracia a la comunión del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo. Tal participación fortalece todo el hacer de la persona humana y la rinde siempre más conforme al designio divino de sabiduría y de amor. Por otro lado, en relación a la caridad, el hombre que porta en sí la inhabitación trinitaria divina, porta el conocimiento y deseo amoroso de la caridad que está unida a la caridad en Dios; quien ama la Verdad, busca la Caridad, porque el hombre es llamado del amor divino a la existencia y como tal es constituido en libertad de amor. El hombre que es generado del Dios Caridad hace al hombre en su ser participar de esta naturaleza agápica divina (Cf. 2 Pe 1,4), de allí nace nuestra esencia de ser hijos de Dios amor, que por medio de la solidaridad que ha tenido el Hijo divino por establecernos de nuevo la comunión trinitaria, perdida por el pecado, portamos de nuevo la dignidad filial (Cf. Cozzoli 2010: 189). Y es así que la ontología agápica del hombre nuevo en Cristo lo lleva a vivir una ontología eclesial en el amor; es el hombre llamado a vivir la koinonía de la caridad con los hombres y con el mundo, somos así llamados a vivir en una unión social en el amor (Cf. *Gaudium et Spes*, 32).

Finalmente, Dios ha querido que los hombres formásemos una sola familia, (Cf. *Gaudium et Spes*: 24). Así lo ha señalado también el Santo Padre: «*El desarrollo de los pueblos depende sobre todo de que se reconozcan como parte de una sola familia*, que colabora con verdadera comunión y está integrada por seres que no viven simplemente uno junto al otro» (CV 53).

En conclusión, podríamos decir que esta es la relación de caridad y de verdad que el hombre está llamado hoy a vivir.

3. LA PLENITUD HUMANA EN EL PROGRESO TÉCNICO DESDE LA *CARITAS IN VERITATE*

3.1. LA EMERGENCIA DE LA VERDAD EN LA CARIDAD EN EL ORDEN SOCIAL

Una vez que hemos analizado el concepto teológico «trinitario» de la caridad y la verdad en la esencia divina y de su profunda y necesaria relación con el hombre, nos dirigimos ahora a profundizar su relación con el desarrollo técnico humano desde la encíclica social de SS. Benedicto XVI.

En primer lugar, al abordar esta encíclica social nos preguntarnos ¿cuál es el corazón de la encíclica *Caritas in veritate* que Benedicto XVI propone seguir en su visión social? La respuesta que encontramos en ella es, sin lugar a dudas, la persona humana: «La visión cristiana tiene la peculiaridad de afirmar y justificar el valor incondicional de la persona humana y el sentido de su crecimiento» (CV 18). La persona humana es el fin de cada acción del hombre, también en una perspectiva social, y es el corazón de cada verdadero desarrollo (Cf. Rocucci 2010:139), pero es en esta criatura excelsa, señala el Benedicto XVI, que está el peligro de su autosuficiencia y esta puede ser una tentación por absolutizar sus elecciones y sus decisiones con daños a veces irreparables (CV 34). Esta autosuficiencia lleva al hombre, continúa, «a experimentar una de las pobrezas más profundas [...], que es la soledad». (CV 53). Asimismo, señala que en nuestra sociedad existencial e ideológica se afirman modelos de vida individualísticos que disfrazan la soledad del hombre contemporáneo bajo los hábitos de la independencia y de la autosuficiencia (Cf. CV 53).

Por otro lado, la técnica es hecha, en nuestro contexto social actual, de un poder ideológico que no permite al hombre encontrar su ser y su verdad que emana del interrogarse de sus porqués, de los cuales es empujado

al hacer. Ante esto nos advierte el Santo Padre: «El proceso de globalización podría sustituir las ideologías por la técnica, transformándose ella misma en un poder ideológico, que expondría a la humanidad al riesgo de encontrarse encerrada dentro de un *a priori* del cual no podría salir para encontrar el ser y la verdad. En ese caso, cada uno de nosotros conocería, evaluaría y decidiría los aspectos de su vida desde un horizonte cultural tecnocrático, al que perteneceríamos estructuralmente, sin poder encontrar jamás un sentido que no sea producido por nosotros mismos» (CV 70). Es aquí donde observamos una confusión entre lo verdadero y lo posible, entendida a la pregunta del cómo y no del porqué que corresponde a lo humano y que abriría el espacio solo al concepto del beneficio como auténtico crecimiento del hombre tanto a nivel individual como comunitario (CV.70).

En conclusión, las ciencias, tanto tecnológicas como sociales, no podrán indicar, por sí solas, el camino hacia el desarrollo integral del hombre. Nace, por ello, la urgencia de la transmisión de un verdadero conocimiento de lo humano y solamente ésta está en el corazón de la Iglesia y en lo que enseña la Iglesia, que es experta en humanidad (Cf. Roccucci 2010: 140), luz y sal del mundo en la caridad: «El saber no es nunca solo obra de la inteligencia si quiere ser sabiduría capaz de orientar al hombre a la luz de los principios de sus fines últimos, debe ser conducido con la “sal de la caridad” [...] las exigencias del amor no contradicen aquellas de la razón» (Cf. Roccucci 2010: 140).

La caridad porta con si la verdad:

La caridad en la verdad exige ante todo conocer y entender, conscientes y respetuosos de la competencia específica de cada ámbito del saber [...] El saber humano es insuficiente y las conclusiones de las ciencias no podrán indicar por sí solas la vía

hacia el desarrollo integral del hombre. Siempre hay que lanzarse más allá: lo exige la caridad en la verdad. (CV 30)

La Iglesia enseña la verdad en la caridad. Ella es este lanzarse más allá, como nos ha mencionado el Papa. Está para el bien de la humanidad y para su orden social, y se manifiesta por medio de su enseñanza social, la cual constituye la presente encíclica.

3.2. LA LUZ DE LA CARIDAD EN LA VERDAD SOBRE EL PROGRESO TÉCNICO

Hemos sido conscientes del desarrollo y progreso técnico en nuestros tiempos, sobretodo, en estos últimos decenios, caracterizados por un acelerado fenómeno de globalización cultural y comunicativo. Sin embargo, a su vez, hemos encontrado rupturas de visión antropológica en sus sentidos ideales, sociales, políticos, éticos y morales, que destruyen la visión del hombre. Estas no hacen más que conducir a los hombres a un camino de oscuridad, sin una clara luz, dejando a la humanidad en una constante crisis existencial. Aquí nace el papel de la Iglesia, como habíamos señalado ya; en su doctrina social, ella busca cimentar la verdad en la caridad y dar una visión real al hombre en su progreso humano y técnico. «La doctrina social de la Iglesia ilumina con una luz que no cambia los problemas siempre nuevos» (CV 12).

La Iglesia ha tomado este papel desde sus inicios apostólicos. Ha hablado a la humanidad de cada tiempo, según las necesidades sociales que han surgido, y ha acogido los grandes desafíos de la historia. Nos dirá el Santo Padre Benedicto XVI que: «No hay dos tipos de doctrina social, una preconciliar y otra postconciliar, diferentes entre sí, sino *una única enseñanza, coherente y al mismo tiempo siempre nueva*» (CV 12).

Tenemos en el tiempo algunas enseñanzas sociales, importantes en la historia de la Iglesia y que se han manifestado como una verdadera educación a la humanidad. Tenemos entre algunos el problema de la cuestión social puesta por la industrialización de donde nos habla la encíclica *Rerum novarum*, del Santo Padre León XIII; o la cuestión social que se convierte en mundial como lo menciona la encíclica *Populorum progressio*, del SS Pablo VI, así como la cuestión social que compromete la vida en la encíclica *Evangelium vitae*, de SS. Juan Pablo II, o la última encíclica sobre la cuestión antropológica como componente fundamental de la cuestión social en la época moderna de la globalización como la *Caritas in veritate* de SS. Benedicto XVI, la cual tratamos.

Es en esta última encíclica social donde el Santo Padre nos invita también a reflexionar sobre el verdadero significado del término «desarrollo». El llamado de atención a este concepto viene desde su predecesor Pablo VI, quien lo había subrayado en la mencionada encíclica: *Populorum Progressio*. En ella se trata la importancia del desarrollo en torno único y exclusivo a la dimensión antropológica y trascendente y no simplemente económica y social. En *Caritas in veritate*, su SS. Benedicto XVI nos insta a hacer nuestros los temas de desarrollo en el sentido más humano y antropológico, como el sentido verdadero de la fraternidad, la solidaridad, la subsidiaridad, la gratuidad, el don, la justicia social, la equidad del desarrollo, así como los problemas más difíciles que hay que afrontar en este tiempo de globalización como el hambre y la desigualdad, la desocupación y precariedad del trabajo, las emigraciones, las finanzas especulativas, la homologación cultural, la desvaloración de la vida, la falta de libertad religiosa y todas las manifestaciones que hacen la vida humana muy lejanas a la vida buena y bella.

Ahora, ante estas cuestiones y problemas actuales nos preguntamos ¿por qué el Santo Padre enfatiza mucho la cuestión del desarrollo técnico, puesto en las manos y en el conocimiento del hombre? Porque el Papa, tomando de la encíclica de su predecesor Pablo VI, a cuarenta años después de ella, sigue declarando que el hombre, creado por Dios, no es autosuficiente, y que el humanismo que excluye a Dios es un humanismo deshumano, sin un verdadero desarrollo. Necesitamos, por tanto, un verdadero humanismo cristiano:

Sólo si pensamos que se nos ha llamado individualmente y como comunidad a formar parte de la familia de Dios como hijos suyos, seremos capaces de forjar un pensamiento nuevo y sacar nuevas energías al servicio de un humanismo íntegro y verdadero. Por tanto, la fuerza más poderosa al servicio del desarrollo es un humanismo cristiano. (CV 78)

Y explica el porqué:

Sin la perspectiva de una vida eterna, el progreso humano en este mundo se queda sin aliento. Encerrado dentro de la historia, queda expuesto al riesgo de reducirse sólo al incremento del tener; así, la humanidad pierde la valentía de estar disponible para los bienes más altos, para las iniciativas grandes y desinteresadas que la caridad universal exige. (CV 11)

Por medio de este humanismo cristiano, el hombre comienza y necesita reconocer que, para un verdadero progreso técnico del mundo como de sí mismo y de su humanidad, ha de buscar, conocer y saber quién es, y de responder a la pregunta más íntima de sí mismo. Este planteamiento lo hemos visto ya en la historia y se ha suscitado en muchos pensadores,

tanto filósofos como teólogos, lo que trajo como consecuencia muchas contradicciones e incoherencias ante la realidad del hombre mismo en la historia, creando así ideologías que han llevado incluso a la muerte y destrucción ante esta realidad. El Santo Padre Benedicto XVI nos dirá, por tanto, que en su encíclica el único modelo humano y de desarrollo en la Caridad y en la Verdad es Cristo: «el anuncio de Cristo es el primero y principal factor de desarrollo» (CV 8), y nos dirá, junto con su SS. Pablo VI, con palabras de esperanza para la humanidad, que la enseñanza del Evangelio es el elemento fundamental del desarrollo humano: «reafirmo la importancia imprescindible del Evangelio para la construcción de la sociedad según libertad y justicia, en la perspectiva ideal e histórica de una civilización animada por el amor» (CV 13).

Ahora, nos preguntamos ¿por qué es indispensable el Evangelio para el Santo Padre? Porque el modelo que Jesús representa con su vida y con su palabra es el ideal para la plena realización de la persona humana. El desarrollo del hombre es una vocación que nace de una llamada trascendente (Cf. CV 16), y es a la vez un desarrollo integral si es vuelto a la promoción de todo hombre y de todos los hombres: «la visión cristiana tiene la peculiaridad de afirmar y justificar el valor incondicional de la persona humana y el sentido de su crecimiento. La vocación cristiana al desarrollo ayuda a buscar la promoción de todos los hombres y de todo el hombre» (CV 70).

Por otro lado, el Santo Padre menciona las causas del subdesarrollo. Para vencerlo nos explica que faltan pensadores que busquen despertar verdaderamente un nuevo desarrollo humanista: «para alcanzar el desarrollo hacen falta pensadores de reflexión profunda que busquen un humanismo nuevo, el cual permita al hombre moderno hallarse a sí mismo». Pero eso no es todo, el subdesarrollo tiene una causa más importante aún que la falta de

pensamiento: «la falta de fraternidad entre los hombres y entre los pueblos» (CV 19). Es la falta de Caridad en la Verdad, porque si bien «la sociedad cada vez más globalizada nos hace más cercanos, pero no más hermanos» (CV 19).

Hace falta una necesidad:

La necesidad de alcanzar una auténtica fraternidad. Lograr esta meta es tan importante que exige tomarla en consideración para comprenderla a fondo y movilizarse concretamente con el «corazón», con el fin de hacer cambiar los procesos económicos y sociales actuales hacia metas plenamente humanas». (CV 20)

Finalmente, nos dirá la encíclica que, para alcanzar una nueva orientación a la economía y a la sociedad, se debe saber que la base de todo es la dependencia del hombre a Dios. Si no se reconoce esta realidad divina cada proyecto de renovación fallece (Cf. Aa.Vv., 2009:30). Esta encíclica, retomando *Populorum Progressio*, ha querido unir en modo estricto y sólido la vida del hombre con la fe, que debe iluminar y guiar la búsqueda de soluciones a los grandes problemas de la humanidad. En este aspecto se requiere una nueva perspectiva sobre el hombre, que solamente Dios, Verdad y Amor, puede dar.

4. LA IMPORTANCIA DEL DESARROLLO TÉCNICO Y SOCIAL COMO CRECIMIENTO ESPIRITUAL

4.1. LÍNEAS DE DESARROLLO TÉCNICO SOCIAL COMO CRECIMIENTO ESPIRITUAL DE LO HUMANO

En el apartado anterior, hemos señalado que el hombre, llevado por la verdad en la caridad del orden social, descubre que para un verdadero desarrollo de lo humano ha de afirmar y justificar el valor incondicional de su persona, intentando descubrirse quién es para sí, para poder dar un sentido verdadero a su crecimiento y desarrollo técnico. Esto no lo descubrirá, como también ya lo hemos mencionado en la segunda parte del apartado anterior, más que en Cristo mismo y en su Evangelio, que llevan a una verdadera construcción de la sociedad según la libertad y la justicia, en la perspectiva ideal e histórica de una civilización animada por el amor, y en esta perspectiva del amor, es importante la fraternidad entre los hombres (Cf. Cozzoli 2009: 4)

En este cuarto apartado, intentamos señalar que la importancia del desarrollo técnico y social está también implicada en la atención a la vida espiritual, como desarrollo del hombre y de los hombres. Ante ello nos dirá el Santo Padre: «El desarrollo conlleva atención a la vida espiritual, tener en cuenta seriamente la experiencia de fe en Dios, de fraternidad espiritual en Cristo, de confianza en la Providencia y en la Misericordia divina, de amor y perdón, de renuncia a uno mismo, de acogida del prójimo, de justicia y de paz» (CV 79).

Tal afirmación es una invitación a todos los hombres a reordenar la realización plena e integral de la persona humana, a la armonía de realizaciones fraternas y a la cuestión social y política de aquella que viene indicada «como la gran familia humana» (Cf. F. Miano 2011:7). Este llamado es fuertemente

hecho en la encíclica debido a una fuerte e imperante mentalidad tecnicista, la cual produce una pérdida del sentido de la interioridad del hombre y una manera reducida de afrontar la realidad. Es en ella donde observamos que:

Uno de los aspectos del actual espíritu tecnicista se puede apreciar en la propensión a considerar los problemas y los fenómenos que tienen que ver con la vida interior sólo desde un punto de vista psicológico, e incluso meramente neurológico. De esta manera, la interioridad del hombre se vacía y el ser conscientes de la consistencia ontológica del alma humana, con las profundidades que los Santos han sabido sondear, se pierde progresivamente. (CV 76)

Es aquí donde el desarrollo espiritual del hombre se manifiesta hoy importante. La cuestión de la interioridad esta junto a aquella de nuestra concepción del alma humana. Si nuestro yo vive reducido solamente a la psiché, es decir, en el ámbito del bien estar emotivo, no habrá, a partir de allí, espacio para un verdadero, auténtico y más completo desarrollo humano.

Podríamos decir entonces que cuando la persona humana, unidad de cuerpo y alma, nacida del amor creador de Dios, se conoce a sí misma y dialoga consigo misma y con Dios, crece un proceso de construcción total de su persona que se cumple plenamente en el Cristo verdad. Tal construcción se da a partir de la interioridad más profunda, no solo individual, sino también comunitaria y social, puesto que la persona humana se construye como ser en relación, sujeto de cultura y de comunión. Es así que, según el don de la caridad en la verdad, la acogida de la verdad dentro de nosotros significa acoger la plenitud en la inhabitación de la Trinidad Santísima: el Amor del

Padre, del Hijo y del Espíritu en nosotros, que nos empujan, asimismo, a hacer atracción de la Verdad que es Dios (Cf. Chardonnens 2011:153); así como ser para los demás expresión de fraternidad espiritual: «la necesidad de alcanzar una auténtica fraternidad. Lograr esta meta es tan importante que exige tomarla en consideración para comprenderla a fondo y movilizarse concretamente con el “corazón”, con el fin de hacer cambiar los procesos económicos y sociales actuales hacia metas plenamente humanas» (CV 20).

Pasamos al papel del Estado: está llamado a cuidar el desarrollo espiritual del hombre y no imponer un ateísmo que destruye el ser anímico, espiritual y toda la integridad.

Cuando el Estado promueve, enseña, o incluso impone formas de ateísmo práctico, priva a sus ciudadanos de la fuerza moral y espiritual indispensable para comprometerse en el desarrollo humano integral y les impide avanzar con renovado dinamismo en su compromiso en favor de una respuesta humana más generosa al amor divino. (Cf. Benedicto XVI 2009:29)

5. CONCLUSIONES

Al terminar este camino de profundización hemos querido enfatizar y enfocar bien tres puntos. En primer lugar, hemos querido definir claramente los términos de Verdad y de Caridad, porque, como ya hemos señalado en el cuerpo del trabajo expuesto, hoy existe una emergencia educativa en conocer bien estos términos, pues ellos guían al desarrollo humano y social de la humanidad, pues el hombre sin ellos no sabe adónde ir, ni logra entender quien es :

Se encuentra en el mundo social, político y tecnológico de hoy, una disociación de la razón y de la fe en la verdadera caridad en la socio cultura de nuestro tiempo y que refleja «una cultura sin caridad y sin verdad» llevando a los hombres a una confusión total de su propia existencia y de su propio ser, negando incluso la esencia de su existencia y decidiendo equivocadamente los destinos del mundo, sin Dios el hombre no sabe adónde ir ni tampoco logra entender quién es. (CV 78)

Ante esto concluimos que será necesario un volver a la verdad en la caridad que parte de Dios mismo en su ser intratrinitario.

En segundo lugar, vemos que se necesita entonces un cambio total en la visión del hombre moderno para un verdadero desarrollo humano y humanizante. Dice el Santo Padre:

Se necesitan unos ojos nuevos y un corazón nuevo, que *superen la visión materialista de los acontecimientos humanos* y que vislumbren en el desarrollo ese «algo más» que la técnica no puede ofrecer. Por este camino se podrá conseguir aquel desarrollo humano e integral, cuyo criterio orientador se halla en la fuerza impulsora de la caridad en la verdad. (CV 77)

Este algo más será la figura de Cristo que nos lleva a un verdadero humanismo social y civil, él nos lleva a buscar el verdadero bien de todos y no su destrucción.

En tercer lugar, descubrimos que:

La fuerza más poderosa al servicio del desarrollo es un humanismo cristiano que vivifique la caridad y que se deje guiar por la verdad, acogiendo una y otra como un don permanente de Dios. La disponibilidad para con Dios provoca la disponibilidad para con los hermanos y una vida entendida como una tarea solidaria y gozosa. Al contrario, la cerrazón ideológica a Dios y el indiferentismo ateo, que olvida al Creador y corre el peligro de olvidar también los valores humanos, que se presentan hoy como uno de los mayores obstáculos para el desarrollo. (CV 78)

Es así que concluimos diciendo que es importante formar un nuevo ideal, como nos dice el Santo Padre, para formar un humanismo verdaderamente humano. Este se relaciona en la esencia de lo cristiano basado en la verdad y en la caridad de Dios Trino: *«El humanismo que excluye a Dios es un humanismo inhumano. Solamente un humanismo abierto al Absoluto nos puede guiar en la promoción y realización de formas de vida social y civil»* (CV78).

La encíclica se dirige a la búsqueda de la verdad y de la caridad en el hombre mismo. Esta posee una actitud filosófico-antropológica teologal, que únicamente se descubre en el ámbito de su doctrina social. Por tanto, es necesario despertar hombres de fe, de formación y de espiritualidad en la verdad, que estén convencidos de la Verdad y de la Caridad en Cristo, que nos permita volvernos a su amor. Así, juntos, como fraternidad humana, llegaremos a un verdadero desarrollo humano hoy.

Esto será posible gracias al amor y la verdad de Dios y de la mano con la enseñanza de la Doctrina Social de la Iglesia (Cf. Cozzoli 2009: 12)

para así buscar el bien de todos. «*El desarrollo necesita cristianos con los brazos levantados hacia Dios* en oración, cristianos conscientes de que el amor lleno de verdad, [...] del que procede el auténtico desarrollo, no es el resultado de nuestro esfuerzo sino un don» (CV 79). Por ello, también en los momentos más difíciles y complejos, además de actuar con sensatez, hemos de volvernos ante todo a su amor y a su doctrina porque: «La caridad es la vía maestra de la doctrina social de la Iglesia» (CV 2).

En este sentido Benedicto XVI afirma que: «La “*Caritas in veritate*” es el principio sobre el que gira la doctrina social de la Iglesia, un principio que adquiere forma operativa en criterios orientadores de la acción moral» (CV 6). Solamente en la caridad y en la verdad del amor de Dios podremos llegar a un verdadero desarrollo para el bien de la humanidad (CV 78).

Esperamos que este trabajo sirva para anhelar y conocer el sentido verdadero del desarrollo humano en la caridad y en la verdad, sobre todo en el campo moral y social, para el progreso de la humanidad.

BIBLIOGRAFÍA

AUTORES VARIOS

- 2011 *Meno male che Cristo c'è, Vangelo, sviluppo e felicità dell'uomo*. Torino: Lindau.

BENEDICTO XVI

- 2009 Enciclica *Caritas in veritate*. Disponible en *La Santa Sede*: <http://www.vatican.va/holy_father/benedict_xvi/encyclicals/documents/hf_ben-xvi_enc_20090629_caritas-in-veritate_sp.html>.

COZZOLI, M.

- 2009 «Caritas in veritate: Il nesso tra carità e verità». *Studia Moralia*, N. 47, pp. 459-472. Roma.
- 2009 «Caritas in veritate: Il fascino dell'amore nella luce del vero». *Orizzonte Medico*, Vol. LXIX,4, pp. 12-13. Roma.
- 2010 *Etica Teologale, Fede, Carità, Speranza*. Milano: San Paolo.

CHARDONNENS, D.

- 2011 *Pienezza umana dell'agire nella verità e nella Carità*. Roma: Pontificio Istituto di Spiritualità Teresianum.

MIANO, F.

- 2011 «La via evangelica allo Sviluppo. Commento all'enciclica Caritas e Veritate». *Carità Globale*, N. 1, pp. 7-10. Roma.

ROCCUCCI, A.

2010 «La via della carità nella verità. Riflessioni sull'enciclica di benedetto XVI». *La società*, N. 1, pp. 139 -144. Roma

DOCUMENTOS MAGISTERIALES

DOCUMENTOS DEL CONCILIO VATICANO II

Constitución Pastoral *Gaudium et Spes*. Roma, 1965.